

Heriberto Moreno. In memoriam.
(Guaracha, Mich; hoy Emiliano Zapata, 1933-1996)

Corría el mes de abril de 1989, cuando yo era una estudiante que recientemente había egresado de la licenciatura en historia, redactaba una tesis para obtener el grado y tuve la oportunidad de entrar a El Colegio de Michoacán en calidad de ayudante de investigación. En ese tiempo, conocí al maestro Heriberto Moreno García, él era coordinador del Centro de Estudios Históricos de la misma institución.

Por las tardes de aquella calurosa primavera, había un momento en que coincidíamos en el jardín del Colegio, para respirar un poco de aire fresco. Mientras bajaba el sol, hablabamos de Zamora en las distintas estaciones y cómo aprender a vivir en ella. Entre charlas informales vi en él un catedrático admirable e incansable investigador; recuerdo haber escuchado algunas anécdotas de cuando era profesor en la Universidad Iberoamericana y por supuesto, otras del Centro de Estudios Históricos, con una conversación amena también escuché los pormenores de sus entrevistas en la ciénega de Chapala y sus andanzas en la ciudad de Guadalajara, una de sus predilectas.

Otra forma de acercarme a él era a través de sus publicaciones; entre ellas los estudios biográficos de *Juan Bautista Pomar* (1978) y de *Hernando Alvarado Tezozomoc* (1978); tenía los artículos de “El caso de la hacienda de Buena Vista y Cumuato vs la comunidad de indígenas de Pajacuarán” (1980) y “La situación maicera de Michoacán en el siglo XIX” (1982). Con estos escritos el maestro maduró algunas ideas sobre la historia regional y

cobraron un particular interés las haciendas y los hacendados. En la década de los ochentas vieron la luz sus libros sobre estos temas, recordemos: *Guaracha tiempos viejos, tiempos nuevos* (1980), *Jalisco, esta tierra* (1982), *Los agustinos, aquellos misioneros hacendados* (1983) que fue una historia de la provincia de San Nicolás escrita por fray Diego Basalenque, con introducción, selección y notas del maestro Heriberto. En 1986, publicó *Gaspar de Jovellanos, Manuel Abad y Queipo, Antonio de San Miguel y otros en favor del campo*. En 1988 combinó los estudios regionales con el análisis del paisaje y escribió *Geografía y paisaje de la Ciénega de Chapala*; precisamente en 1989 cuando lo conocí estaba en la imprenta *Haciendas de tierra y agua*, un libro indispensable en la historiografía michoacana.

Ya en los noventas era un gran conocedor de la historia de la ciénega de Chapala y reflejó su gusto por la región en *Chapala, el lago*, en este libro nos sorprendió la belleza de la fotografía de Eduardo del Conde y la creatividad del maestro para contar una historia de no contarse.

También participó en obras de gran envergadura como *El territorio mexicano* (1982), *La historia de Jalisco* y *Michoacán desde afuera. Visto por algunos de sus ilustres visitantes extranjeros, siglos XVI al XX* (1995). Esta es sólo parte de su obra porque también escribió varios artículos en las publicaciones periódicas de El Colegio de Michoacán: *Relaciones y Estudios Michoacanos*. Y escuchamos de él conferencias muy amenas, como “Esta era una marquesa que vino a Michoacán” y “De cómo el Burro de Oro se convirtió en hacendado” que se conservan grabadas en la Biblioteca “Luis González y González”.

Sin embargo, la obra de Heriberto -como todos le llamábamos por insistencia de él- no se reduce a sus publicaciones; como catedrático dio muchos frutos en la formación de estudiantes. En 1991 inicié mis estudios de maestría en el mismo Colegio y lo vi en su faceta de profesor, en ese entonces él fungía como secretario de dicha institución y aunque sus actividades se multiplicaron, nunca faltó a una de sus clases. En el aula era de carácter amable y risueño con sus alumnos y de un rigor inquebrantable que no permitía el descuido, ni le flaqueza por parte de los estudiantes.

En sus seminarios no sólo aprendimos algunos enfoques de la historia regional, entre una combinación excepcional de clases con las salidas al campo nos introducimos en algo que él llamaba memoria para vivir; en otras palabras, la historia oral, la entrevista y otros recursos para el historiador del

pasado inmediato. En una ocasión fuimos a la ciénega de Chapala y pudimos ver la libertad con la que se movía en esas tierras, los cascos de las haciendas eran su lugar predilecto en aquella región.

Como profesor, nos despertó el interés lo mismo por la historia regional que por la literatura histórica de Francia, Rusia y Alemania, precisemos, Baudelaire, Dostoievski, Tolstoi y Goethe eran un eco cuando platicábamos del mundo moderno; por ello siempre lo vimos como un hombre contemporáneo y universal. Recuerdo que en una de aquellas tardes zamoranas de charlas en el jardín, yo preparaba un trabajo para uno de los seminarios que tomaba y no podía organizar una serie de ideas que tenía en mente; al platicarle esto me dijo: sal de tus libros de historia y ve un poco a la poesía, a la literatura y la música, esas son las mejores fuentes de inspiración. Desde aquel día, si Clío se ausenta por unos momentos, recurro a este consejo y casi siempre logro mejores resultados.

Durante los dos años que fue mi profesor (1991-1993) cada día lo conocí un poco más; sus grandes molestias eran la ineptitud y la ignorancia; sus gustos la literatura, el cine y la música que para compartirlos con sus amigos bien ameritaba de vez en cuando una copa de buen tequila.

Hoy caigo en la cuenta de que una de mis dudas siempre fue su edad, tenía una inquietud casi infantil por disfrutar del mundo, sobre todo del moderno; parecía un adolescente cuando se trataba de escuchar un nuevo disco que había adquirido o un programa de computadora que nos pudiera resolver el problema de las fichas; iba por la vida como un joven dinámico y amiguelo, pero en cuanto al trabajo parecía un adulto de madurez extraordinaria.

En una ocasión en que tuve un “accidente cibernético”, había estado trabajando por tres semanas en la transcripción de un documento del siglo XVI, con una paleografía bastante complicada y uno de esos apagones zamoranos propició que perdiera esta información. Él desde lejos se percató de mi frustración, se acercó y me dijo- no te preocupes, lo recuperaremos. Dos horas con asesoría técnica especializada y nada. Nos quedamos tristes, y con su típico empeño volvió al monitor; nunca supimos ¿cómo fue? pero recuperamos las 137 fichas perdidas. Nos pusimos a dar brincos como niños frente a la sorpresa de la secretaria que lo veía como un hombre muy serio.

Fueron muchos momentos gratos compartidos, también tristezas, como el día que murió Esperanza su esposa, una mujer amable e inteligente. En otros, las tristezas fueron más y me alentó a no decaer. En realidad siempre lo sentí

muy cerca, estuvo al tanto de cada uno de los proyectos que participé en El Colegio de Michoacán y de cada escrito que realicé para los seminarios cuando era estudiante. En otras ocasiones me ayudó a encontrar información y las tardes de platica se convirtieron en asesorías para reconstruir planos o mapas y hechos históricos.

Y así como me impulsó a terminar el proyecto de 1989 que era mi tesis de licenciatura, también me dio ánimos para culminar la tesis que inicié en la maestría, siempre conté con su apoyo incondicional. En 1996 terminé el primer borrador y él supo la noticia inmediatamente después que mi director, fue en el mes de octubre y yo estaba feliz de este acontecimiento. Pero simultáneamente recibí una triste noticia, Heriberto había enfermado; por primera vez lo vi cansado y confundido, sin embargo no decayeron sus ganas de vivir.

En ese mismo mes, El Colegio de Michoacán en un acto de reconocimiento a su trayectoria académica, lo distinguió como “profesor emérito”, fue un gran honor para mi asistir a este evento. También por primera vez en siete años, al vernos apenas hablamos, me preguntó por mi proyecto y me dijo: realiza el examen, quiero estar presente. Al despedirnos nos abrazamos y también por primera vez no dijimos nada y tampoco pudimos contener las lágrimas; sabíamos que era el último encuentro.

La mañana del 8 de noviembre de ese mismo año, el maestro Heriberto murió víctima del cáncer. Ahora, en la distancia de aquella fatal noticia, no puedo más que recordar sus mejores momentos y hablar de él implica un verdadero esfuerzo, porque no estaba acostumbrado al protocolo y tal vez es un protocolo decirle adiós ante el “gremio de historiadores”. Pero cómo no recordar a ese gran historiador y amigo. Es inolvidable su sentido de justicia, de amistad y de trabajo; fue una persona fabulosa, un maestro respetable y un buen padre de familia.

Como historiador tenemos su obra y como amigo el más grato recuerdo de esa combinación entre sabiduría y compañerismo.

Hoy cuando siento que Clío me abandona tengo presentes sus consejos, pero no es lo mismo. Aún te extrañamos Heriberto.

J. Patricia Pérez Munguía